

Carcinoma

Yerko Escobar



Capítulo 1

Cuando el jefe la convocó al almacén de la farmacia, ella apenas si le dirigió la palabra, de puro nerviosismo. Uno esperaba no ver a los que trabajaban en las oficinas.

-¿Ha tomado su ración de hoy?- le preguntó, mostrándole una caja. Ella no entendió la referencia hasta que él le arrojó el cartón. Dentro diez pastillas más o menos, dispersaban polvo. Todos en la fábrica tomaban esa medicina, no para tratar heridas físicas, casi nunca sucedían. De privarse su consumo, la percepción mental disminuía y las acciones se volvían caóticas. Era lo que les quedaba, le explicó el jefe. Robadas. Ella jamás había pasado más de un día sin su dotación. En ocasiones había visto un manchón en la pared que le decía palabras incomprensibles, nada muy diferente a lo que les pasaba a otros. Sintió una incomodidad terrible, como si la piel se le hubiera despegado de la carne. El jefe le ordenó quedarse con el contenido de la caja, usarlo mientras descifraba quién era el culpable.

Al primero que interrogó fue al encargado de Conservación, que laburaba en el pasillo justo de camino a la farmacia. El hombre gesticulaba con sus manos huesudas y a ratos te daba la impresión de un árbol seco agitado al viento.

-Si la gente supiera... cómo preparamos la carne... seguro no vuelven a comer -le dijo después de saludarse.

-Seguro cualquiera sabe. Y si no, yo creo que se acostumbran -respondió ella-. El hambre no perdona nada.

-Puede ser... Igual es muy difícil reprochar... moralmente lo que hacemos. Yo me he acostumbrado a pensar... que no son más seres que un paramecio. Existen y se les cultiva.

-Y... nosotros existimos y se nos cultiva, ¿no? ¿Seguimos laburando?

Mientras hablaban él sorbía una bolsa de plástico llena del fluido rojizo en que nadaban los fetos. No conocía al encargado de la farmacia. Ni sabía de alguien que estuviese a cargo. Ella temió que ése fuera un dato que debería haber preguntado al jefe.

De vuelta a los monitores de la fábrica, donde vivía por esa temporada, decidió que trataría de no comunicarse con el jefe más que para lo imprescindible. Se figuraba que le preguntaría acerca del estado mental de los demás y ni siquiera sabría decirle acerca del que sorbía la bolsa.

Al menos eso me dijo a mí. Ese rato yo no le entendí pero si lo piensas... A los fetos los conservan vivos. Hay una cantidad limitada de suero que puedes sacar de su sangre si se muere. Y la ciudad entera come la proteína que fabricamos. De la primera persona a la última. Por ahí alguna vez discutimos si sienten dolor en los frascos.

-Quisiera que esos científicos los diseñaran sin cara –decía el guardia de la fábrica. Casi siempre terminabas conversando sobre eso con él.

Era el segundo día. Ella le preguntó por qué no había reportado el robo. Él respondió que de todas formas el jefe se enteró primero. Con sus horarios, no lo podría haber visto temprano por la mañana.

- ¿Eres el único guardia y no te quedas por las noches?

-Y no me voy a quejar, me va bien. Espero que la situación no cambie... ojalá no me pase nada raro.

Pasaba algo parecido con los demás. Los horarios eran un asunto muy ambiguo. Ella decidió que era imposible averiguar algo con preguntas y se encerró en la habitación de vigilancia, a oscuras frente a las pantallas. ¿Has visto cómo funciona una fábrica? La inteligencia artificial gobierna todo excepto lo más básico, desmenuzar la proteína compactada, vigilar la apariencia general, envolver, lo normal era encontrar a cualquiera moviendo las manos en silencio. Lo normal duró hasta el tercer día. Luego te topabas con los que entregaban paquetes en los vagones, murmurando, mientras construían una muralla con ladrillos de carne. Recuerdo preguntarles algo y recibir como respuesta chillidos. Se quedaban tranquilos si los dejabas en paz, no como el encargado de Conservación, que se pasó horas zapateando, sorbiendo una bolsa vacía. Resoplaba a través de la máscara antigás que antes nunca le habíamos visto puesta y ni quien se atreva a detenerlo. Estaba la mujer que se robó un frasco y se lo llevó a la calle para discutir, no se supo si con el feto o con el recipiente en sí.

La idea era que el culpable no evitaría tomar los medicamentos. Todos temíamos a la demencia. Con suficiente vigilancia ella pensaba distinguir quién actuaba con la cordura menos degradada y con lo que se topó fue con nosotros, que dejamos de entender cuándo debíamos dejar de laburar y nos pasamos la amanecida larga en que algunos lloraron confesando historias que nada tenían que ver con su vida, masticando la proteína por horas sin engullirla. Yo mismo les dije cosas abstractas que ya ni recuerdo bien.

De lo que sí me acuerdo es de una cosa hecha de líneas, una firma muy enredada, digamos. Se detuvo frente a mí y me dijo, con estas mismas palabras: "tú no sabes nada". Y yo me quedé picado, pensando por qué esta ciudad es de un solo piso y por qué las calles nunca bajan o suben.

Parte del miedo que le teníamos a las oficinas era porque tenías que subir unas escaleras. Daba la impresión de que te metías en la zona de oscuridad y tal vez desaparecías. No podía parar de llorar. Ni se me arrugaba la cara ni nada, solo derramaba lágrimas, como un chorro, creo que me veía un poco estúpido y me oculté porque si alguien se reía de mí no sabía cómo iba a reaccionar.

Lo recomendado era tomar una pastilla diaria, así que ella estuvo ocho días vigilándonos. El jefe la encontró igual que siempre, trepada a la silla como si la hubieran arrojado ahí. Tan cansada que sus disculpas no tenían ímpetu. Le explicó que no pudo distinguir entre las acciones de sus compañeros ningún patrón.

-Me da un poco de miedo verlos a la cara de nuevo –dijo.

-Igual no los vas a volver a ver sin medicación –replicó el jefe, mostrándole una caja nueva, sellada. La empresa había enviado una nueva dotación tan pronto como se enteraron del incidente. No venía ninguna nota, ni amonestaciones, ni un recibo. Como para convencerse de que la enviaron de arriba, desde la oscuridad.

-A ver si les comentas lo mucho que nos cuida la empresa –dijo él-, que no pierdan la confianza.

-Ya. No creo que comente con nadie que si nos cuidan tanto bien podríamos laburar con cosas menos peligrosas.

Justo fue lo primero que me dijo. Yo no la veía desde mucho antes de la crisis y acababa de alcanzar un poco de tranquilidad con varias dosis. Ya estaba laburando, claro. Estábamos. Ella a mi lado, con la sonrisa más cansada que hayas visto. Como te la he contado, me contó la historia. Y yo sentí pena por ella, el jefe nunca le dio explicaciones y del ladrón nadie supo. Le ofrecí las que me saqué el día que repartieron, como un cabrón, en el fondo quería deshacerme de esas cosas, ya estaba tomando demasiadas y me dio la impresión de que iba a terminar peor. Me rechazó con la mano.

-No, no, tranquilo. Más bien quiero probar no tomarlas un tiempo.

Miro hacia arriba. Veinte metros de pared y luego todo negro.

-Tú eras el ratero, ¿no?

Me miras sin pestañear. Tu cara embobada me hace reír. Lo hacemos ambos. Me respondes en medio.

-¿Cómo te has dado cuenta?

-Mi memoria funciona bien. ¿O no? Si no, cuéntame qué viste cuando no había medicamentos.

-Para qué te voy a mentir. Yo iba a la fábrica a veces, un día sí, un día no, a cualquier hora, y nadie me amonestó. Siempre pude sacar proteína de la agencia, nunca se cortó la luz en mi casa. Con los demás era igual. No podía dejar de pensar en por qué entonces volvíamos y seguíamos trabajando. Juraba que estábamos condicionados por las medicinas.

-No sé, nadie te obliga realmente a tomar.

-Pero igual nos medicábamos. Lo que salió un asco fue que todos se quedaran dentro de la fábrica, seguro se notaba un cambio si alguien se escapaba.

Fumamos. Él mira fijamente al piso mientras caminamos.

-¿Y qué fue de tu amiga? ¿Qué le pasó en abstinencia?

Yo también clavo los ojos al suelo, a la tierra y los papeles desmenuzados y la otra basura. La luz choca y se dispersa. Puedes ver tus pies, no como esa inmensidad negra en la que no se ve nada.